

**R. Horacio Etchegoyen, Vicepresidente Honorario de API  
Congreso de Chicago, 2009**

Señor Presidente, Ex-Presidentes, Presidente Honorario, Vicepresidente Honorario, miembros del Directorio, señoras y señores:

Me llena de alegría aceptar, en nombre de mi padre, el nombramiento de Vicepresidente Honorario que acaba de otorgarle la Asamblea de la API. Actualmente éste es el honor más alto que la API puede conferirle a quienes contribuyen al desarrollo del Psicoanálisis y de nuestra institución.

No me voy a detener en detallar los méritos académicos o clínicos de mi padre, ya que ellos, creo, hablan por sí mismos. Sin embargo, pienso que sería apropiado exponer el modo en que él concibe a la API como la organización parental de todos los psicoanalistas y recordar lo que implementó durante su presidencia (de 1993 a 1997), la primera de América Latina.

Mi padre es un hombre con fuertes convicciones democráticas, que rechaza posiciones autoritarias, sin abdicar por eso de la autoridad, y cree en el valor de la ley y en la transparencia de las instituciones y de las personas. Me gustaría decir unas pocas palabras en relación a tres áreas principales que afrontó durante su presidencia: la relación de la API con sus miembros, la relación de la API con sus Asociaciones Componentes y la relación de la API con la sociedad en general.

Con respecto a la relación de la API con sus propios miembros, y de acuerdo a los principios generales ya mencionados, la primera medida que puso en práctica al asumir la presidencia fue que las actas del Consejo (Executive Council) quedaran a disposición de todos los miembros para su inspección. Había existido aquí un largo malentendido entre la confidencialidad clínica y la responsabilidad pública, la transparencia y la libertad de información. Bajo la apariencia de proteger el setting analítico o las necesidades generales del movimiento psicoanalítico, resultaba imposible para sus miembros cuestionar y hasta conocer lo que realmente estaba sucediendo dentro de la Asociación Internacional.

La relación entre la API y sus Asociaciones Componentes, también alcanzó un cambio significativo. Nuestro nuevo presidente, el Prof. Charles Hanly, entonces a cargo del Comité de Sociedades, jugó un papel decisivo, junto a mi padre, para cambiar la filosofía institucional imperante: una filosofía que, por momentos, se percibía como intervencionista y, en ocasiones, insensible a las cuestiones locales. Un desarrollo paralelo en aquel período fue poner el énfasis en la promoción y el apoyo de las pequeñas asociaciones y los nuevos grupos.

Del mismo modo, la relación entre la API y la sociedad en su conjunto pasó a ocupar un lugar de privilegio, sobre todo ético. Un modo en que esta preocupación se puso de manifiesto fue en la autocrítica institucional acerca de incidentes donde miembros de API estuvieron implicados en hechos de tortura durante las dictaduras militares sudamericanas. Esa situación había sido investigada anteriormente hasta cierto punto; pero fue sólo bajo la presidencia de mi padre que la API aceptó su responsabilidad como institución y, sin gestos dramáticos de renuncias o

expulsiones, puso las cosas en su lugar, haciendo que el proceso legal llegara a buen término.

Los logros en estas tres áreas son, a mi parecer, tan relevantes hoy como entonces. Freud nos advierte sabiamente sobre la compulsión a la repetición que puede afectar a las personas, las instituciones y los gobiernos. No es esto sólo, por cierto, lo que dijo Freud. Una de las citas favoritas de mi padre nos recuerda que no sólo existe la repetición como hecho negativo sino el factor positivo de la voz de la razón que también se hace presente en la vida social. Como lo dijo el propio Freud, la voz de la razón es débil, pero no descansa hasta que se hace escuchar. En este sentido, podemos alzarnos contra la compulsión a la repetición y contrarrestarla con la voz de la razón.

A las tres áreas que acabo de discutir vale agregarse un logro institucional más. Mi padre junto con Ana Maria Andrade de Azevedo, Elizabeth Tabak de Bianchedi, Günther Perdigão, Jorge Olagaray y Samuel Zysman, se aplicaron a reestructurar las finanzas de la API que habían estado arrojando pérdidas. Cuando llegó al final de su mandato había un saludable superávit, que se logró sin aumentar en lo más mínimo la cuota de los miembros.

Mi padre me pide que agradezca a todos los que lo ayudaron durante esos años: los secretarios, los miembros de la Casa de Delegados, los presidentes de las distintas Comisiones, y otros colegas que contribuyeron en diversas formas.

A mí personalmente, me gustaría agradecerle por haber sido siempre un buen marido para mi madre, un buen padre para sus hijos y un buen

abuelo para sus nietos. Sé que, en este día, él va a recordar especialmente a mi madre, que fue su infatigable compañera y su apoyo hasta el día de su muerte.

Mi padre quiere que les transmita a todos ustedes un mensaje de esperanza por el futuro del psicoanálisis, como el método más efectivo, libre y digno, para ayudar a los hombres y las mujeres del siglo XXI. Él cree firmemente que el futuro del psicoanálisis depende de que los psicoanalistas defendamos *nuestro* método y perfeccionemos nuestra eficacia en el tratamiento de los pacientes. De esa eficacia depende el futuro del Psicoanálisis.

Finalmente mi padre me pide que le dé gracias especiales a los doctores Cláudio Laks Eizirik, Mónica Siedmann de Armesto, Virginia Ungar, Carlos Barredo, a todos los miembros del Board, a todos los presidentes de las sociedades latinoamericanas, los directivos de FEPAL y a todos los colegas que lo acaban de votar en este Business Meeting.

¡Muchas gracias!

Dr. Laura Etchegoyen

Business Meeting, viernes 31 de julio de 2009, Chicago.

*Traducción: Dra. Beatriz E. Schechter*